

Una mirada sobre la educación

la adopción

LOS PADRES DE LA SEGUNDA OPORTUNIDAD

M^a JOSÉ GONZÁLEZ DE BUITRAGO

Maestra, editora y madre biológica y adoptiva

mjgbuitrago@hotmail.com

Después de año y medio, al fin íbamos a conocer a nuestra hija. Tendría más edad de la que en un principio deseábamos y algunas pegas de salud que habría que subsanar, pero frente a tanta ilusión, todo eso nos parecía secundario. De pronto se abrió la puerta de aquella inhóspita sala de espera donde la aguardábamos e irrumpió en tromba una criatura diminuta, indefinida, con el pelo cortado al uno y la cara llena de mataduras, vestida con un insulso chándal que poco ayudaba a distinguir si era niño o niña “horrible, de todos modos”. El impulso que traía la hizo chocar contra la mesa, pero al ir a socorrerla, se zafó de nuestras manos y empezó a corretear por la sala en un frenesí mareante, aparentemente sorda a las recriminaciones de la cuidadora. La pregunta mil veces formulada de cómo sería mi niña quedaba respondida de golpe, con total rotundidad. Y a ese ritmo iba a transcurrir todo a partir de entonces.

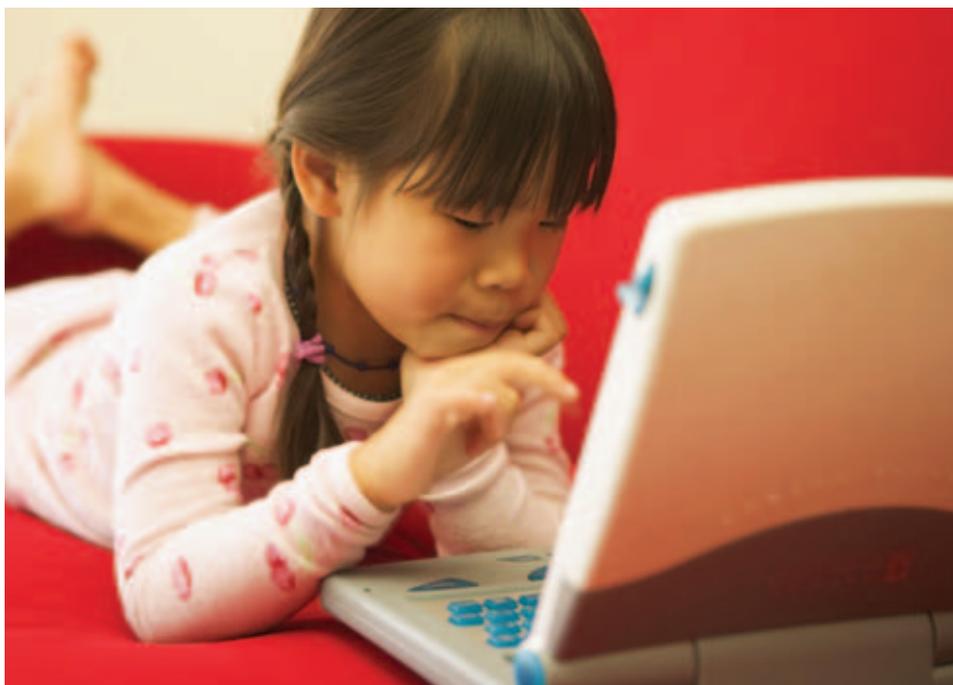
SU TARJETA DE VISITA

El primer contacto con un hijo adoptivo produce un fuerte impacto, que no tiene por qué ser negativo, pero sí distinto al que se experimenta con un hijo biológico, del que se conoce todo desde su concepción. Ante un niño adoptado se siente, además de sorpresa “nunca es como nos lo imaginamos”, cierto miedo a lo desconocido que podamos encontrarnos y la sospecha de ser juzgados “¿me aceptará?”, que se incrementa cuanto mayor es su edad. Con toda esta inseguridad encima iniciamos el camino de la educación de un hijo “diferente”.

En el mejor de los casos, aun cuando en ese primer encuentro haya surgido el flechazo, el inevitable jarro de agua fría viene a renglón seguido y bien podría decirse que es la depresión posparto de toda adopción, magnificada, además, por el hecho de que su gestación ha durado, casi siempre, más de nueve meses. Lo normal es que las costumbres del niño que entra en casa difieran de las ya establecidas en la unidad familiar; que su carácter no tenga nada que ver con los nuestros y que nos choque la forma que tiene de enfrentarse a lo novedoso, de resolver conflictos o, simplemente, de hacer las cosas “fruto de su idiosincrasia, unas veces, y de su paso por las instituciones, otras”; y también es lógico que eso nos desoriente, nos irrite o incluso nos saque de nuestras casillas. Pero no hay que desesperar ni sentirse ogros o incapaces de domar a la fierecilla; es mejor interpretarlo como el detonante para recabar ayuda.

Los hijos adoptivos necesitan saberse apoyados, defendidos, valiosos para alguien, y es nuestra tarea como padres facilitarles la vida que se merecen pero que un cúmulo de circunstancias adversas les ha arrebatado.





NO VIENEN DE PARÍS

Es habitual escuchar sentencias del tipo “hace falta ser muy generoso para adoptar”, “cuánto bien habéis hecho a esta criatura” o “tenéis el cielo ganado”. Aunque, de puertas para afuera, los padres adoptivos podamos dar esta impresión, nada más lejos de la realidad.

La opción de adoptar no parte de un deseo altruista ni filantrópico, ni siquiera del propósito religioso de amor al prójimo. Se trata, más bien, de una decisión visceral, que nace de muy dentro de uno mismo, de ese lugar donde radican nuestras certezas incuestionables, donde se oyen las voces que empujan a la acción, donde nacen las vocaciones, los amores incondicionales y las intuiciones profundas; un ámbito donde la cabeza no tiene potestad y se resume lo que realmente somos en esencia.

Así pues, esa llamada a ser padres de un niño que ya existe, por más que se quiera dotar de tintes piadosos o caritativos, nace de la parte más propia del ser, y es, por tanto, egoísta. Por eso sale adelante y no se desinfla al primer contratiempo, que los hay por doquier. Tampoco está reñida con la generosidad, dado que también va a requerir grandes dosis de entrega, renuncia y tesón, pero al sustentarse en la parte sólida de la persona, encontrará recursos casi inagotables. El hijo adoptivo necesita unos padres, pero también viene a cubrir un hueco que hay en ellos, a llenar una carencia, a dar antes que a recibir. Y esto ocurre en todos los casos, incluso aunque ya tengan otros hijos biológicos.

TODOS TRAEN SU MALETA

Durante el proceso de adopción de mi hija, tuve ocasión de visitar algunos centros de acogida, comunidades de menores tutelados, diferentes colegios y muchas dependencias de la Administración relacionadas con el acogimiento. Quizá por exceso de sensibilización con el tema, en todas partes me topaba con un cartel en el que se veía a una niña risueña sentada sobre una vieja maleta de cartón. La estampa, a pesar de estar impresa en un blanco y negro de lo más tristón, irradiaba optimismo, tal vez por la amplia sonrisa de la pequeña, por sus facciones limpias, su mirada franca y luminosa, por la dignidad con que vestía el peto vaquero, tan poco femenino,

y el desparpajo de su pierna cruzada, como de adulta prematura, o por esa mano firme sobre la que apoyaba la cabeza para concentrarse en el espectador, todo en ella era un desafío. Debajo, una frase: “Se necesitan abrazos”, retaba a aceptarlo.

Han pasado los años, he tenido ocasión de tratar con muchos otros padres adoptantes y acogedores, así como con sus hijos, y he llegado a la conclusión de que aquel póster no era un mero reclamo propagandístico, sino que encerraba una gran verdad: la maleta con la que estos niños entran en tu hogar es real. Y en esto todos estamos de acuerdo.

¿Cuánto se debe a la genética y cuánto al ambiente desestructurado en que han iniciado su existencia? ¿Se pueden paliar al completo los daños causados por esos nefastos inicios? Ni los más sesudos estudios se ponen de acuerdo, pero hay dos cosas innegables: que los niños adoptados traen lastre y que se puede contrarrestar. Requerirá, en primer lugar, muchísimo amor, casi tanto como paciencia, y un profundo respeto a lo que son en sí mismos.

El niño que viene de fuera, tanto si ha sido víctima de la pobreza como si es fruto de la marginalidad derivada del desarrollo, no llega con la página en blanco ni en edad cronológica ni en experiencia vivencial, y seguramente no ha sido gestado entre algodones por una joven de buena familia, atendida en todo momento por un obstetra competente. Lo que ha recibido por el cordón umbilical no han sido complejos vitamínicos precisamente; y lo que ha mamado (en caso de que haya podido) explicaría por qué muchos de ellos tienen tan mala leche.

Es necesario, prioritario más bien, que seamos sinceros, con ellos y con nosotros mismos, porque si damos la espalda a la realidad les estaremos escamoteando sus verdaderas posibilidades de hacerse con una vida “que sólo sus padres les podemos proporcionar” y nos estaremos negando la oportunidad de ser felices.

DECIR ADIÓS A LAS EXPECTATIVAS

Todos los padres deberíamos tener, como lectura de cabecera, la letra de la canción de JOAN MANUEL SERRAT “Esos locos bajitos”. Entre otras verdades como puños, dice:

*A menudo los hijos se nos parecen,
Y así nos dan la primera satisfacción*

Es claro que tal cosa no ocurre con los hijos adoptados pero, por obvio que parezca, eso no impide que nos sintamos frustrados. Tampoco evita que generemos expectativas, como si creyéramos que nos deben algo. Nos empeñamos en

proyectar sobre ellos deseos que son únicamente nuestros, sin escuchar lo que tienen que decir o, incluso, están gritando por dentro.

Solo cuando nos demos cuenta de que ese niño no es una prolongación nuestra y aceptemos que se trata de otra persona, muy distinta, que ha recibido otras influencias y que no es culpable de esas diferencias, podremos afrontar su educación sin manipularle, con respeto a sus características, potenciando lo que pueda dar. Y todo ello con nuestra ayuda, como adultos que somos, desplegando al máximo los recursos de que disponemos, sin cicatería ni chantajes, por poco que nos gusten las decisiones que tome.

¿Cuánto se debe a la genética y cuánto al ambiente desestructurado en que han iniciado su existencia? ¿Se pueden paliar al completo los daños causados por esos nefastos inicios? Ni los más sesudos estudios se ponen de acuerdo, pero hay dos cosas innegables: que los niños adoptados traen lastre y que se puede contrarrestar

Es más, estamos obligados a mostrarles lo orgullosos que de ellos nos sentimos. Lo habitual es que los niños adoptados manifiestan conductas disruptivas, dificultades de adaptación y escasas habilidades sociales; y muy común que sus padres tengamos que encarar las quejas de otros padres o a las amonestaciones de los profesores, pero ¿cómo van a construir una personalidad estable si perciben que nos causan vergüenza? Necesitan saberse apoyados, defendidos, valiosos para alguien. Esa es nuestra principal tarea, porque comida, ropa y educación podrían recibir igualmente en un centro.

EL AMOR TODO LO PUEDE, PERO NO BASTA

Pilar Cernuda y Margarita Sáenz-Díez los llaman *Los hijos más deseados* (Ed. El País Aguilar), mientras que José Antonio Reguilón y Javier Angulo los denominan *Hijos del corazón* (Ed. Temas de hoy). También Pilar Rahola escribe su *Carta a mi hijo adoptado* (Ed. Planeta 2MIL1). Son muchos los autores que han tratado el tema de la adopción desde la óptica de los padres, con mayor o menor profundidad, más o menos poéticamente, siempre con el propósito de brindar una ayuda a quienes se plantean enfrentarse al reto, desmitificándolo, pero aportando su interpretación personal y sus vivencias desde el amor que ellos tienen a sus propios hijos adoptivos. Cualquiera de estos libros podría ser un buen modo de iniciarse, ameno y entrañable, que no dejará indiferente a quien se entregue a su lectura.

Ciertamente, los apoyos “y consejos” fluyen al principio, mientras se estudian las posibilidades y se dan los primeros pasos, pero una vez que el niño entra en casa, en cuanto se desvanece la novedad, parece que todo el mundo sale en estampida. Precisamente cuando más ayuda necesitamos es cuando más abandonados nos vemos. Los seguimientos institucionales se reducen a la más estricta formalidad exigida para cubrir el expediente, a pesar de que los comienzos de la andadura familiar pueden resultar traumáticos. Siempre hay que prever un margen de tiempo para que la situación se estabilice, pero conviene tener en cuenta que, a veces, una intervención profesional oportuna puede evitar que los problemas se enquisten, nos desborden y nos incapaciten para actuar.

La convivencia no empieza a fluir hasta que el niño no adopta a sus padres. Es en ese momento cuando claudica, deja de enfrentarse a todo y a todos, se va dejando querer y acepta los límites, no como imposiciones autoritarias, sino como pistas que le permiten manejar el día a día disfrutando de pequeñas recompensas. Así, lo que antes era un terreno hostil se transforma poco a poco en un ámbito amable que le da seguridad, y a ella se agarra como a un clavo ardiendo. Entonces podemos entregarnos a la labor que realmente nos compete: facilitar a ese hijo la vida que se merece y que, por circunstancias diversas, le había sido negada.

Pero, ¡cuidado!, no somos perfectos ni lo podemos hacer todo solos; hemos de confiar en muchos otros: médicos, maestros, trabajadores sociales, psicólogos, terapeutas. A nosotros nos basta y nos sobra con ser sus padres. ■

Próximos números

septiembre

EDUCACIÓN INFANTIL

La Reforma del Currículum de Educación Infantil.

¿Cómo se forma a un maestro de Educación Infantil en Finlandia?

Prevención de la dislexia en Educación Infantil”

SECCIONES

Música y competencias básicas.

Grandes de la educación.

Filmoteca Padres y Maestros.

Experiencias de innovación.

Una mirada sobre la educación.

Biblioteca PyM.

octubre

ENSEÑAR MATEMÁTICAS